

LETRAS DEL CAMBIO

GLOBO SONDA

Por Jaime CAMPANY

YA ha sido izado públicamente el primer globo sonda de las elecciones. Se ha echado a volar, a la vista del respetable, la primera birlocha electoral para que se sepa hacia dónde soplan los vientos del sufragio del 15-J.

Dicen que Juan Diez Nicolás, desde el Instituto Nacional de Estadística, provee casi diariamente a la Moncloa de los datos sucesivos que van arrojando periódicos sondeos de opinión. Hasta ahora, esos datos se conservan en las carpetas «top secret», y sólo los conoce el presidente y algunos colaboradores muy íntimos, entre los cuales ni siquiera están incluidos todos los ministros. Naturalmente, el comentarista tampoco los conoce, y así no sabe si el presidente se desayuna con sapos o con rosquillas de San Isidro.

La estadística es cada vez una ciencia más exacta. Va quedando lejos aquella crítica que aseguraba que la estadística sólo servía para decir que otro señor y yo nos habíamos comido medio pollo cada uno, cuando en la realidad él se había comido un pollo entero y yo me había quedado en ayunas. En los países donde se halla más depurada la técnica de los sondeos de opinión y los entrevistados no responden con el cachondeo que por aquí nos hemos traído hasta ahora, es punto menos que imposible que salgan de las urnas serpientes de mar o insospechados matasuegras.

Sin embargo, es aventurado descartar que el sondeo de opinión no sea utilizado como una de tantas argucias electorales, que pueda sustituir, incluso con ventaja, a las antiguas picardías. Cuentan del conde de Romanones que pateaba los pueblos de su distrito electoral —creo que Guadalajara— pisándole los talones a su hermano, adversario en las elecciones, porque en todos los tiempos ha habido familias que juegan a diversos paños electorales. «¿Qué te ha dado mi hermano para que le votes?», preguntaba el conde. «Tres pesetas», respondía el campesino elector. «Es un tacaño —afirmaba Romanones—. Dame las tres pesetas, toma un duro y me votas a mí.» Seguramente ahora, el conde haría difundir sondeos de opinión.

Cualquier estadística en la que un 40 por 100 del electorado no sabe si va a votar o lo que va a votar, resulta poco fiable. Y mucho menos en nuestro país, donde abunda aún la gramática parda y nadie quiere definirse. Aquí el voto es tan secreto, tan secreto, que a veces no lo conocen ni los propios votantes.